

EL “DISCURSO DEL METODO”

El 8 de Junio de 1637, en la imprenta de Juan Maire, de Leyden, terminaba de imprimirse un libro en francés, cuyo título, largo y bien explicativo, rezaba: « Discurso del método para conducir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias, además: La Dióptrica, Los Meteoros y La Geometría; que son ensayos de ese método ». El libro no llevaba nombre de autor, sin embargo no era anónimo, pues las ideas filosóficas y las concepciones científicas que contenía y, sobre todo, la índole del «Discurso» revelaban claramente su autor.

En efecto, el «Discurso», que sirve de introducción a los ensayos científicos, resume y expone la mayoría de las ideas fundamentales que más tarde aparecerán desarrolladas en las obras ulteriores de Descartes, ideas que, por la innovación y revolución que introducen en los conceptos de la época, convierten el «Discurso», al decir de F. Romero, en una especie de prólogo a la Edad Moderna. Pero, además de eso, el «Discurso» es un capítulo autobiográfico, en el que van estrechamente unidas la vida de Descartes con las ideas de Descartes, en el que se entrelazan constantemente el hombre y sus pensamientos, como mostrando esa misteriosa vinculación entre el cuerpo y el alma, que constituye uno de los temas capitales de la filosofía cartesiana.

Es la autobiografía de un espíritu disconforme con el saber de su época y en el que se desarrolla un doble proceso: de liberación y de gestación. Es la narración del esfuerzo realizado para desarraigar del espíritu los prejuicios seculares,

esfuerzo más penoso y difícil que el de romper las ligaduras que atan nuestros pies o nuestras manos; y de las conquistas progresivas de una marcha del pensamiento que logra satisfacer el afán de saber, la sed de conocimientos ciertos e indudables.

Con este proceso, la razón, vieja como el hombre, adquirirá una nueva valoración y la fe en ella será llevada hasta el exceso, pero el pensamiento quedará dotado de un proceso, de un movimiento ininterrumpido, de un camino, de un medio, en fin, de un método que le permitirá conducir bien la razón y lograr las verdades que han de sustituir los dogmas envejecidos que estáticamente se conservaban en los libros.

El carácter autobiográfico del «Discurso» queda explicado desde sus primeras líneas, al establecer Descartes la distinción entre razón y método, el valor universal y general de la primera y el carácter particular e individual del segundo. Ya en el primer párrafo, después de afirmar que la razón es igual en todos los hombres, añade que «la diversidad de nuestras opiniones no proviene de que unos sean más razonables que otros, sino simplemente que conducimos nuestros pensamientos por caminos distintos» agregando enseguida una de esas imágenes acertadas, características del estilo cartesiano: «los que caminan muy despacio, si siguen siempre el buen camino, irán más lejos de los que corren y se apartan de él». Como el «Discurso» tiene por objeto describir el método por él encontrado, se explica su carácter autobiográfico y la insistencia con que Descartes pretende no imponerlo universalmente. Según él, el «Discurso» no será más que «una historia, o si preferís, un cuento», y él hará conocer «los caminos que he seguido, mostrando mi vida como en un cuadro».

No por eso dejará de reconocer méritos a su método, ofreciendo como prueba los ensayos que siguen al «Discurso», de uno de los cuales se sentirá orgulloso. («Con la Dióptrica y Los Meteoros, escribe a Mersenne a fines de 1637, sólo he tratado de convencer que mi método es mejor que el ordinario,

pero con La Geometría pretendo haberlo demostrado»). De paso, Descartes justificará su oficio de pensador. «...si entre las ocupaciones de los hombres, como tales, alguna es verdaderamente buena e importante, quiero creer que es la que yo he elegido».

Esta justificación descubre uno de los resortes de la dinámica interna del intelectual. Descartes, que acompañó a ejércitos tirios y troyanos en sus empresas guerreras, más como espectador que actor; que voluntariamente se alejó de las contiendas civiles y religiosas de su patria; que en sus 20 años de retiro en Holanda, para mantener la máxima independencia y desvinculación con los hombres, cambió de residencia 24 veces y que, como él dice, prefiere vivir «aislado y apartado como en los más lejanos desiertos»; se exhibe como el típico representante del intelectual egoísta, frío y calculador ante algunos aspectos de la vida, aislado magníficamente en la célebre torrè de marfil. Sin embargo, este juicio, frecuente, sólo atina a ver el aspecto exterior, superficial de la conducta del intelectual.

Es que en general y en Descartes particularmente, esa conducta está animada por una fe interior y sostenida por una pasión oculta que empujan hacia una misión, cuyo cumplimiento justifica plenamente, ante la propia conciencia, esa conducta. Descartes siente que su reflexión ordenada y solitaria lo llevará, con ayuda de su método, a la explicación de todas las cosas, del mundo, del alma, de Dios y que las conquistas del conocimiento lograrán un dominio tal del mundo exterior, que permitirá la creación de obras útiles que han de contribuir al bienestar y felicidad humanos. Al valor teórico, especulativo, del fruto de las reflexiones, se agrega así el sentimiento ético que las anima y que le confieren un sentido profundamente humano. En el fondo de los ojos, asombrados ante el mundo, brilla siempre, aunque imperceptible, una gota de amor.

Las primeras pinceladas del cuadro de Descartes pintan la desilusión e insatisfacción que en él dejan sus estudios escolares. Insatisfacción tanto más dolorosa, cuanto se había dedicado a esos estudios con entusiasmo, confiando encontrar en ellos ese conocimiento claro y seguro que, desde el fondo de su espíritu, siempre anheló y cuya búsqueda es una de las metas de su vida; desilusión tanto más justificada, cuanto tenía plena conciencia que había estudiado en uno de los mejores colegios de su tiempo, el colegio de los jesuitas de La Fléche, que había completado sus estudios regulares con la lectura de otros libros llegados a sus manos y que reconocía que sus condiciones no eran inferiores a las de los demás compañeros, aún de aquellos que más tarde iban a ser maestros y profesores.

Podrá pues sin escrúpulos juzgar libremente todo ese saber medieval cuyo estudio había dejado en él un saldo de dudas y de errores. Reconocerá en ellos cierto mérito didáctico, pero el contenido de todo ese cúmulo de conocimientos escolásticos: gramática, historia, elocuencia, poesía, lógica, matemáticas, ética, teología, filosofía, jurisprudencia, medicina, no satisface a su espíritu, ya libertado de los prejuicios de escuela y de las normas tradicionales. Es cierto que la matemática constituye una excepción, pues la certeza y evidencia de sus principios caracterizan el ideal cartesiano de todo conocimiento, pero no nota «aun su verdadero uso» y se asombra que «siendo sus fundamentos tan estables y sólidos, no se hubiera edificado sobre ellos nada más importante».

Ante esa sabiduría encerrada en los libros que no le satisface, ante ese conocimiento matemático, claro y evidente, pero formal y sin contenido, Descartes realiza el primer acto de rebeldía consciente por el cual el espíritu proclama su propia libertad, resolviendo «no buscar otra ciencia que aquella que pueda encontrar en mi mismo, dice, o en el gran libro del mundo». Va entonces a París, luego a Poitiers donde se recibe de bachiller en derecho, mientras se dedica a estudios de

medicina; más tarde emprende viajes, entra en el ejército, acompaña a las tropas y asiste a varias acciones guerreras. Estudia así el gran libro del mundo, mezclándose con la vida de los hombres y conociendo los raciocinios que cada uno hace respecto a los asuntos que le son propios. Pero la gran variedad de las costumbres y la contradicción de las opiniones sólo le empuja hacia el escepticismo. Lamentará entonces haberse alejado de su país y de sus libros y vuelve a buscar en sí mismo el secreto de las cosas que ni los libros escritos, ni el gran libro del mundo le había revelado aún.

Es este el momento más dramático de la aventura cartesiana. Sólo con sus pensamientos, bordeando el solipsismo, se entrega, en la ya célebre «estufa» de Alemania, a sus meditaciones tratando de alcanzar la meta que su espíritu, lleno de fe, presiente. Esa meta será la reforma de la ciencia mediante la aplicación de un nuevo método que, al conducir la razón por el camino recto, permitirá descubrir las verdades en las ciencias y logrará la explicación de todas las cosas. Esa reforma sin embargo se limitará exclusivamente a la esfera del pensamiento, tratando solamente de dar al conocimiento bases más sólidas y no se extenderá a las actividades públicas, políticas y sociales.

Aparece así Descartes, como un innovador y revolucionario en la teoría y un conservador en la práctica, pero en realidad hay en este hecho un rasgo característico del intelectual, que delimita perfectamente el campo de sus especulaciones, sin penetrar en otras actividades que ignora o que no pertenecen exclusivamente al campo de los pensamientos. Y aun en ese campo procederá cautelosamente «como hombre que marcha sólo por las tinieblas» avanzando lentamente con circunspección, diferenciándose así también del hombre de acción que debe proceder rápidamente y en todo momento y hasta del comportamiento en la vida diaria, donde se aceptan, sin mayor análisis y reflexión, las especies más absurdas.

Son conocidas las cuatro reglas o preceptos lógicos que constituyen el método cartesiano, y que debían reunir las ventajas, sin tener los defectos, de tres ciencias: una filosófica: la lógica y dos matemáticas: la «geometría de los antiguos» y el «álgebra de los modernos». Para Descartes la lógica (que en esa época no es más que la lógica silogística) es estéril, pues sólo sirve a explicar lo que se sabe, la geometría está tan ligada a los casos particulares y a las figuras que su estudio obstaculiza el raciocinio, en cuanto al álgebra, más general que la geometría, es en cambio una ciencia abstracta, de «letras vacías» sin contenido alguno que haga referencia al mundo real. De ahí que decida tomar lo mejor de esas tres ciencias, compensando los defectos de una con las ventajas de otra y en lugar de las numerosas reglas de la lógica, establece sus cuatro principios en los que se reconocen los procedimientos de definición y demostración usados en la ciencia matemática en la que, por otra parte, ya Descartes había realizado varios descubrimientos.

El primer principio que durante mucho tiempo caracterizó la filosofía cartesiana como la filosofía de las ideas claras, establece que sólo debe aceptarse por verdadero lo que se conoce de una manera evidente como tal, evitando cuidadosamente la precipitación y la prevención y sin incluir en los propios juicios nada más de lo que, por sus cualidades de claridad y distinción, no ofrezca lugar a dudas. Los otros tres principios se refieren a la descomposición de las dificultades complejas en simples (análisis), al orden de los pensamientos pasando de los más simples y fáciles a los complejos (síntesis) y por último, al cuidado de no omitir nada en los raciocinios.

A tres siglos de distancia estos principios no nos impresionan mayormente, nos parecen naturales, tan grande ha sido la influencia del pensamiento cartesiano en la atmósfera cultural que nos envuelve. Pero bastaría situarnos en el siglo XVII, y considerar el estado y la índole de los conocimientos de la época, para comprender la importancia y significado

de los mismos. La ciencia medieval, con el objeto de mantener la unidad religiosa, había interpuesto entre el hombre y la realidad un conjunto de conocimientos jerarquizados y fundados en el principio de autoridad, cuyos rasgos esenciales no eran precisamente los de la claridad y distinción. Con el Renacimiento que trajo el redescubrimiento de las obras antiguas, el conocimiento de nuevas ciencias como el álgebra, la unidad y el vigor de esa ciencia medieval se debilitó y ya desde el siglo XVI empezaron a notarse las primeras manifestaciones del espíritu libre. Descartes da el salto decisivo en ese sentido, al mismo tiempo que pretende reconstruir la unidad científica. Estableciendo como atributos de la razón, la claridad y la distinción y como criterio de la verdad la evidencia, fijada por autodecisión, Descartes sustituye, en el campo del pensamiento, el principio de autoridad por el de libre examen.

Esta predilección por el juicio propio explica el porqué Descartes, contrariando la tradición, publica su Discurso en francés y no en latín como era la costumbre de la época. Es que el confía más en los que hacen uso de su «razón natural» que en los que creen en los libros antiguos.

También, a tres siglos de distancia, es fácil comprobar lo que había de excesiva confianza en el programa cartesiano y cuáles eran los puntos débiles de su método. Si se analiza someramente la matemática a la luz de los principios metódicos cartesianos, se nota que Descartes había recabado su principio de la evidencia de los fundamentos de la matemática, en especial de la geometría griega. Pero dos siglos más tarde, hombres en los que el espíritu de la duda estaba aún más agudizado que en Descartes, comprueban que los fundamentos de esa geometría no merecían ese carácter privilegiado de la evidencia, y ante tal comprobación surgen, no sólo nuevas geometrías sino una reforma total de la ciencia matemática, cuya influencia en los fundamentos y metodología de toda la ciencia, se está mostrando cada día mayor.

En cambio, cuando Descartes, fiel a su principio del análisis, comienza por investigar la verdad en los conocimientos más sencillos, que son los conocimientos matemáticos, realiza su genial descubrimiento de la posibilidad de la aplicación del álgebra a la geometría. Ese descubrimiento no sólo da nacimiento a una nueva rama de la matemática: la Geometría analítica, sino que con él se introduce, un poco a espaldas de Descartes, el principio de correspondencia que es uno de los fundamentos actuales de la matemática.

Y, cosa curiosa, después de tan alentador descubrimiento cuyo valor su autor reconoce aunque lo atribuye a la excelencia de su método, Descartes, «cansado de las matemáticas» las abandona para dirigirse hacia las cosas del mundo, cuya explicación busca, guiado por su afán cósmico y lleno de esperanzas por su éxito matemático.

Pero el espíritu paga siempre en monedas de buena ley. No es la física, que fué su suprema aspiración, sino la matemática, la matemática pura, esa matemática que él desvalorizó, la que hoy considera a Descartes como uno de sus genios creadores. En su marcha hacia la conquista de un tesoro fabuloso, entre las piedras del camino, Descartes había recogido sin advertirlo, la joya que le iba a enriquecer eternamente.

Cuando Descartes descubre sus reglas metódicas tiene 23 años. Se siente aún muy joven y obedeciendo a su máxima de no obrar con precipitación decide continuar sus meditaciones mientras realiza una segunda serie de viajes, que le llevan nueve años. Pero ahora su estado de ánimo es distinto. Antes había recorrido el mundo contemplando las cosas a la luz que ellas mismas reflejaban, ahora está en posesión de un foco poderoso que las penetra y con el cual observa, deduce, descubre.

Su suerte de pensador ya está echada: buscará los principios evidentes, claros y distintos sobre los que se apoyaran todas las ciencias, pero mientras el nuevo edificio se levanta, él necesitará alojarse en alguna parte. Se fija entonces lo que él denomina una moral provisoria, es decir, unas cuantas máxi-

mas prácticas a las cuales resuelve ajustar su conducta mientras edifica la nueva construcción. Esas reglas prácticas, cuya adopción justifica con abundantes razones, consisten en la obediencia a las leyes y costumbres del propio país, conservando la religión en la que fuera instruido y acatando, en lo demás, las opiniones más moderadas, en mantenerse firme y consecuente con las propias acciones después de haberse decidido a ellas; y finalmente, tratar siempre de vencer más a sí mismo que a la fortuna y cambiar los propios deseos antes que modificar los acontecimientos. La adopción de estas máximas prácticas pone nuevamente de relieve la distinción entre teoría y práctica, justificando como puede conciliarse el disconformismo y escepticismo teóricos, con el dogmatismo y conformismo prácticos, cuando esta conducta práctica es provisoria y sólo se fija para llegar con más facilidad y comodidad a los fines que la teoría exige.

En posesión de su método y acorazado con sus máximas prácticas transcurre, para Descartes, ese período de nueve años que es el período verdaderamente creador. Período, por eso, lleno de satisfacciones y de sinsabores: el sistema que lentamente se va perfilando, las lagunas que en él aparecen, las dificultades técnicas, la falta de experiencias y todo eso entrelazado con el juego de la inteligencia: marcha de análisis y de síntesis, proceso dialéctico del pensamiento, para eliminar las contradicciones en él insitas, todo ese movimiento, en fin, en el que se muestra, según la expresión de Mallea, la «razón como revolución y lucha», incruenta, sí, pero dolorosa.

Hasta ahora Descartes no ha renegado de su oficio de pensador, no ha publicado nada, pero su fama cunde y le atribuyen descubrimientos que él no ha realizado; se decide entonces a hacer conocer públicamente el resultado de sus meditaciones. A eso obedece su retiro a Holanda, donde, ocho años más tarde, publicará su primer obra: El Discurso del método y los ensayos.

Estamos en la mitad del «Discurso». Hasta ahora la vida de Descartes marcha unida a la de sus ideas, pero terminada la labor de liberación y de gestación, se inicia la obra constructiva.

Ocioso sería repetir el punto de partida de las meditaciones cartesianas, como la duda metódica corroe y aniquila la realidad más consistente, hasta que surge de los escombros, sola y triunfante, la primera verdad, sintetizada en el célebre principio: «pienso, luego existo» y como, aflojando algo los garfios de la duda, se aloja el pensamiento en el alma, convirtiendo el hombre en una cosa pensante. (Pascal, más místico, dirá luego que esa cosa es un junco, el junco más débil de la naturaleza) y como de esa certeza inmediata se deduce la existencia de Dios, razón perfecta libre de las limitaciones humanas, exigencia lógica impuesta por la duda e imperfección humanas y garante de las verdades que se deducen del mundo exterior. La naturaleza tendrá pues los caracteres de la racionalidad y deberá explicarse por las propiedades geométricas y mecánicas, en términos de extensión y movimiento.

El mecanismo reinará entonces soberano en la explicación del mundo inorgánico y del mundo animal y todo finalismo, que tanto abundaba en la física aristotélica, quedará eliminado de la ciencia.

Para darnos un esquema de su explicación de las cosas del mundo Descartes hace referencia a una obra por él escrita y que ciertas circunstancias, según dice, le impidieron publicar. Se trataba de un tratado titulado «El mundo o tratado de la luz» que, en efecto, fué una de sus obras póstumas.

El mundo y sus habitantes que Descartes describía en ese tratado no eran los que nosotros conocemos, era un mundo nuevo aparentemente fantástico pero cuya fisonomía y rasgos reproducían exactamente las características de nuestro mundo y de sus seres. En esta forma Descartes, sin tropezar con la interpretación literal que de la creación del mundo daba la Biblia, podía admitir un origen racional del mismo y

a Dios, supremo artífice, obrando según leyes mecánicas universales.

En la descripción de ese mundo toma de guía la luz, lo que le permite exponer sus doctrinas sobre el sol, las estrellas, la tierra, el fuego. Se dedica luego a describir los cuerpos inanimados y las plantas y luego los animales y especialmente el hombre. Con cierto detalle, que revela la predilección que siempre Descartes mostró por la medicina, se refiere al movimiento del corazón, a la circulación de la sangre, citando las experiencias de un «médico inglés» (Harvey), a la respiración, la digestión y otras funciones orgánicas. Se refiere también a la clásica distinción entre el hombre y los animales y a la naturaleza y destino superiores del alma humana, que él juzga inmortal.

La última parte del «Discurso» se refiere a las causas que motivaron la no publicación del tratado «El Mundo». La principal de ellas, a la que Descartes se refiere en el «Discurso» no muy explícitamente, es la condena que en Junio de 1633 se había pronunciado contra Galileo. La correspondencia de Descartes revela el efecto extraordinario que este hecho le produjo, por la repercusión en sus doctrinas científicas que participaban de las teorías condenadas. En una carta a Mersenne, al referirse al movimiento de la tierra dice «si él es falso, todos los fundamentos de mi Filosofía lo son también pues de ellos se deduce con toda evidencia y está tan ligado con todas las partes de mi Tratado que no podría separarlo sin perjudicar el resto. Pero como no quiero por nada en el mundo ser autor de un discurso que contenga una sola palabra que fuera desaprobada por la Iglesia, prefiero suprimirlo antes que aparezca mutilado». Por otra parte, ante este hecho que le sorprende, le asalta la duda de que existan en sus escritos otras cuestiones que puedan correr igual suerte. Decide entonces no publicar el tratado, justificando su actitud ante el público, y las últimas páginas del «Discurso» muestran ese juego tan frecuente de la inteligencia que perpleja,

indecisa y vacilante pesa y sopesa todas las razones favorables y contrarias antes de adoptar una decisión determinada, como si pretendiera agotar todas las posibilidades.

Así anota Descartes como una razón a favor de la publicación el hecho de procurar con ella un mayor bienestar general a todos los hombres, al sustituir la filosofía especulativa de la escuela por una filosofía práctica llena de conocimientos útiles para la vida y que permitirá asemejarnos a dueños de la naturaleza, lo que es de desear no sólo por la invención de dispositivos que posibiliten el goce de los bienes de la tierra sino también y principalmente para la conservación de la salud.

Otra razón a favor de la publicación, emana de la solidaridad de los esfuerzos y de la colaboración científica, exigidas por las innumerables experiencias que las investigaciones reclaman.

A estas ventajas de orden colectivo, social, Descartes opone inconvenientes de orden personal, individual. La publicación, en efecto, traería aparejadas polémicas científicas y divergencias de opiniones que le darán sin duda muchas ocasiones para perder el tiempo que debe economizar para proseguir sus investigaciones aun incompletas. Considera además que las disputas de escuelas son en general infructuosas y que las objeciones que se le formularían serían sin duda menos sólidas de las que él mismo se había planteado. Y como no había logrado aún dar término y explicación a todas las dificultades, estima más probable que ellas fueran resueltas por él y no por los demás. Valora extraordinariamente el esfuerzo personal, individual en la investigación científica reconociendo que los discípulos y continuadores casi nunca sobrepasan al maestro y que frecuentemente lo traicionan. «Son como la hiedra, dice, que no puede subir más alto de los árboles a los que se aferra y que más bien desciende cuando llega a su cima». Y si bien es cierto que un investigador solo no puede realizar todas las experiencias necesarias, no es menos cierto que sólo son aprovechables las que él dirige y hace realizar

por personas pagadas al efecto, de modo que la mejor manera de colaborar en una obra científica que se reputa útil, sería la de contribuir a los gastos ocasionados por las experiencias y proporcionar al investigador el tiempo y la tranquilidad necesarios.

Ante el conflicto de estas razones contrarias la solución de Descartes es un compromiso. El Tratado así como las investigaciones que lo completan no se publicará mientras él viva, en cambio hará conocer las ventajas de su método en algunos ensayos científicos, cuyos asuntos no sean objeto de mayores controversias o de censuras eclesiásticas, y a esos ensayos antepondrá un discurso de introducción en el que hará conocer el esquema del tratado ya escrito e inédito. Con esto mostrará la fecundidad de su método, hará posible la colaboración y se evitará las polémicas y dificultades enojosas. Tal es el origen del «Discurso del método».

Esta actitud de Descartes fué comentada de distintos modos y no, precisamente, en forma elogiosa. No es posible, sin embargo, juzgar ligeramente, a veces con un sólo adjetivo, la conducta de un hombre frente a hechos en los que se juega el destino de las propias ideas.

Somos padres de nuestros hijos, pero también lo somos de nuestras ideas y tratamos entonces de preservarlas, también a ellas, de peligros y amenazas. No era la propia persona que él cuidaba, no era el temor a vejámenes materiales, porque, en resumidas cuentas, él estaba en Holanda al abrigo de cualquier persecución; no, su actitud es la conciliación de sus sentimientos profunda y sinceramente religiosos con el deseo de mantener incólumes sus ideas y de eliminar cualquier obstáculo que impidiera la libre difusión de sus teorías, de cuyo mérito y utilidad estaba profundamente convencido y que aspiraba secretamente ver introducidas en la enseñanza, en esa misma enseñanza religiosa que lo había formado.

Esto explica también como, presintiendo que los inconvenientes del momento serían transitorios, se propone dedicar

el resto de su vida a continuar sus investigaciones científicas manteniendo su propia independencia individual y envuelto en el manto de esa tranquilidad personal que estimó sobre todas las cosas, «sé bien que no sirvo para hacerme digno de la consideración del mundo, pero tampoco tengo el menor deseo de serlo, y estaré siempre más reconocido a aquellos de cuyos favores puedo gozar sin impedimento de mi comodidad, que a los que me ofrecieran los más honrosos cargos de la tierra».

Así termina el «Discurso». Vemos en él, no sólo un resumen de métodos y doctrinas que, por otra parte, se exponen con más detalles en otras obras de Descartes, sino el relato de una aventura, cuyo protagonista es la inteligencia de Renato Descartes, gentilhombre francés del siglo XVII, siglo en el que cada una de las grandes naciones madres de nuestra cultura, dieron un representante máximo de la inteligencia: Galileo, Descartes, Newton, Leibniz.

Siglo en que la inteligencia, rivalizando en esfuerzos, cumple su verdadera misión, pues para bien de la humanidad no siempre la inteligencia se pone al servicio de causas innobles e inhumanas, y lanza entonces, un poco al azar, sus ideas llenas de luz. Así en Descartes que de cuando en cuando, arquero audaz, lanza su flecha con tal acierto que hoy, tres siglos más tarde, estamos aún admirados, frente al blanco.

JOSE BABINI